

Mariano Latorre

## El huaso y el gaucho en la poesía popular



El azar de la conquista, en la lenta penetración de los españoles por las selvas y por las cordilleras, dió a sus descendientes, radicados en calidad de colonos por toda la América, una fisonomía diversa, a pesar de que en líneas generales unos mismos elementos étnicos formaron al mestizo hispanoamericano.

Los conquistadores y sus hijos, los criollos, estabilizaron las poblaciones y crearon la nueva agricultura. Un fondo racial de andaluces, en la primera época y de extremeños y castellanos, más tarde, mezclados a las distintas razas de las diversas regiones de América.

En el siglo XVIII y por concesión especial de Carlos III, llegaron a América vascos y navarros, en su mayoría comerciantes, que, tesoneramente, se fueron apoderando de las tierras, encomiendas, cedidas por los reyes de España a los conquistadores y a sus descendientes.

En realidad, el ambiente transformó esos primeros elementos étnicos, incluidos ya los mestizos, según las características del medio y la resistencia que la raza autóctona oponía al invasor.

La proximidad del mar o de las cordilleras, la existencia de llanuras o de valles, el espesor de las selvas y hasta la anchura

de los ríos, fueron delineando, me refiero a la masa popular, un alma vernácula, un relieve caracterológico, en que, a los elementos físicos se unieron los aborígenes, mezclados con los conquistadores.

El predominio del elemento indígena sobre el español ha determinado la mayor o menor americanidad de los países en que tales hechos se efectuaron.

*Americanidad*, en un sentido terrícola, de predominio de las razas autóctonas en la evolución social, como lo han entendido Keiserling y Waldo Franck.

Así, por ejemplo, en Bolivia, en el Perú y en México la persistencia del aymará, del quichua y del azteca, no mezclados con españoles, determina un aspecto social, diverso al de Chile y Argentina, a pesar de la capa de occidentalismo que da a esos países una estructuración moderna.

Y mientras más lentamente se formó el meztizaje, con el predominio del indio, más subsistió el tipo peculiar, adaptado al medio en la época de fusión que podemos fijar en los siglos XVII y XVIII.

En Argentina, la europeización de fines del siglo XIX y de los años corridos del XX, borró casi por completo las huellas del gaucho en su peculiaridad de rastreador, baqueano y soldado de caballería, aunque conserve, modificadas, sus cualidades de arriero y de domador, por la lógica necesidad de la estancia colonial, convertida hoy en una faena de industria.

En Chile, el tipo del huaso y de las adaptaciones sucesivas del campesino, como el roto y sus variedades, el minero, el carilano, el cargador de los muelles y hasta el bandido, también ha cambiado o ha desaparecido, pero con mayor lentitud que en Argentina, donde el predominio de la ciudad ha sido rápido y avasallador en estos últimos tiempos.

La antítesis soñada por Sarmiento en el «Facundo» se ha realizado en Buenos Aires, Rosario y Mendoza. La civilización ha derrotado a la barbarie que, según Sarmiento, estaba personi-

ficada en la vida campera, en el caballo y en el gaucho matreiro que un caudillo, Rozas o Facundo Quiroga, llevaba a la revuelta.

En el Perú y en Bolivia, especialmente en la sierra, el indio agricultor, junto a su maizal hereditario o pastoreando las ovejas del gamonal, subsiste en condiciones casi idénticas a las de la época colonial, aunque las aldeas coyas o quichuas conserven la estructuración del ayllu o comunidad incásica.

En México, una revolución sangrienta ha sido precisa para cambiar el sentido colonial de la encomienda, la estancia actual que estaba hasta hace muy poco en manos de extranjeros, especialmente de españoles, cachupines según los mexicanos.

Y el charro, campesino de las estancias mexicanas, sobre todo del norte, que recuerda al cow-boy del Far-West norteamericano se convierte en soldado de caballería y lucha por la reivindicación agraria de México, como el gaucho y el llanero, sus hermanos de Sud América, lo hicieron en la independencia.

Contrasta con el *pelado* que es al charro como el roto al huaso, desposeído como el roto aun de la mínima ración de vida del inquilinato.

En la emigración del hombre de los campos a las ciudades, hay múltiples razones y circunstancias.

La deserción del peón, deudor de los almacenes de los fundos, por un crimen cometido en la trilla o en la vendimia, o simplemente porque un espíritu rebelde, dentro de la numerosa familia campesina, no se avino con la vida mísera y agobiadora del inquilino, sin esperanzas de mejorar su situación.

Ya en la época de la encomienda, de los siervos que se escapaban de las haciendas o minas, se formaron los primeros bandidos de los cerrillos de Teno en la Colonia y las selvas del sur, en la primera época, se poblaron con los labriegos de los fundos de Ñuble y de Concepción que abandonaban sus posesiones de inquilinos para hacerse colonos, como de los fundos

del centro de Chile y del norte, emigraron, en busca de mejor fortuna, a las salitreras y a Chuquicamata.

Desde este punto de vista, es decir, de la emigración del campo a la ciudad, es considerable la semejanza entre el roto y el pelado, entre el huaso y el charro.

De este huaso emigrante, remontándonos a la época de Chañarcillo y California, ha salido el roto de corvo, soberbio y arrebatado, que la vida transforma de tal manera que lo hace casi diametralmente opuesto, desde el punto de vista psicológico, a su antepasado campesino,

Desde luego, por el concepto que tiene de la vida.

Si el huaso es económico y humilde, es derrochador y desafiante el roto; si el huaso se arraiga en la tierra, de tal modo que sólo la más extrema necesidad lo obliga a emigrar, el roto es vagabundo y adaptable al medio en que se fija momentáneamente.

En tal forma el medio industrial, el desarrollo inusitado de la vida urbana o portuaria, elemento casi predominante en la vida actual sobre el campo, lo ha hecho variar que parece, sin detenerse mucho a analizarlo, un distinto elemento de raza.

Y hasta en las características de la delincuencia, pues el huaso se hace cuatrero y el roto ladrón, punga o guaraquero de la ciudad moderna.

La vida aventurera ha dado al roto un vigoroso relieve personal.

A pesar de sus pantalones parchados y sus ojotas, en el peor de los casos, porque, a veces, *se agüina o afutra*, según su expresión, entonces, por un curioso fenómeno de retroceso, toma la modalidad del chulo andaluz, de pantalón ajustado, chaqueta corta y sombrero de ala tiesa, si no caricatura al patrón con cuyas ropas de desecho se ha vestido.

El hombre que compra y vende ropa usada en las calles de Santiago y Valparaíso es algo típicamente chileno y natural consecuencia de la demanda de ropa de desecho.

Se marca su individualismo en un altanero orgullo de raza, tan enérgicamente manifestado a lo largo de la vida social de Chile que él es el que representa, en último término, la idiosincrasia del chileno fuera de Chile, más que el huaso y más que la clase alta y media.

Su concepto de la hombría, su abnegación patriótica, su valentía arrogante, su virilidad, en fin, se exterioriza en esta palabra, *roto*, que él sabe despectiva, pero que ostenta como un valioso timbre de honor.

Y *roto*, descartando su significado de hombre de ínfima clase, de sucia vestimenta y de espíritu grosero y descortés, es, también psicológicamente, «hombre de pana», de desprecio a todo convencionalismo o cobardía social y si en la historia chilena ha vivido de nada, también ha muerto por nada.

En este aspecto, el *roto* de Chile como el *pelado* mexicano, se entroncan con el pícaro español de la decadencia, especialmente el del siglo XVII.

El pícaro es también una transformación del tercio de Flandes, del soldado del siglo de oro, como si dijéramos, el aspecto negativo del hombre del tercio, indisciplinado y sin escrúpulos.

El porvenir no existe para esos pícaros, héroes de Mateo Alemán y de Quevedo, como en el *roto* y el *pelado*.

Lo esencial es el momento, el pedazo de vida que van midiendo sus pies vagabundos y abarcan sus ojos suspicaces.

Ese momento hay que vivirlo de cualquier manera, trabajando en lo que sea, si la circunstancia se presenta así o robando si el azar lo favorece o al servicio de un noble sin escrúpulos en el siglo de oro o del diputado o senador que paga el voto en el *roto* o el *pelado*.

Pero, tanto en el *roto* o el *pelado* como en el pícaro, su dignidad personal, en el sentido de su importancia como hombre, será el mismo.

Cuéntase la anécdota de un español que trabajaba con un roto, de peón en las salitreras, en la misma cancha.

El español, para congraciarse con su compañero, le muestra su pantalón manchado de salitre y con un parche en el muslo.

—¿Ves, tú? Yo también soy roto.

A lo que respondió rápidamente el roto auténtico:

—Rotoso «erís», porque «pa» roto te falta mucho.

Este orgullo regional, tan manifiesto en el roto, es la doble fusión de su sangre española e indígena. Ademán fanfarrón en la palabra y veneno de resentimiento en lo más íntimo de su raíz terrícola, como históricamente se ha hecho realidad en el montonero Vicente Benavides y en la venganza del mestizo Alejo que abandona a los españoles donde es sargento y se va a pelear contra ellos con los mapuches sublevados.

El roto se ha visto abandonado en medio de la civilización. Ha vivido con un mínimun de salario y alimentación y con frecuencia se le considera como la rémora de la evolución social, como el aspecto negativo y antieuropeo de la vida moderna.

Exterminarlo, como al indio, ha sido quizá la idea más socorrida, porque ante el turista extranjero el roto hacía una exhibición demasiado teatral de sus parchados harapos y de su fisonomía hirsuta y descuidada.

Si su hambre sistemática se ha exteriorizado, por el carácter de transición de la crisis, en un limosneo pedigüeño y su vocecilla, entre lacrimosa y cínica, al recorrer las calles céntricas de Santiago en calidad de cesante del norte, aunque no lo fuera, (era un borracho cualquiera de un conventillo de Santiago) hallaba en el momento un motivo dramático de primer orden para asustar a la dama elegante o al jovenzuelo perfumado que, en el fondo, consideraba con profunda agudeza psicológica como su enemigo fundamental.

Sincero o falsario, realmente un obrero de las salitreras o

de las minas, sin trabajo o roto de la ciudad, *picante*, último extremo de su derrota social, verdadero pícaro de los últimos tiempos, tenía la noción vaga de lo que representaba frente al desenvolvimiento de las grandes ciudades modernas, Valparaíso y Santiago, producto, precisamente, de su esfuerzo en las salitreras, enriquecidas con soberbios rascacielos por el empuje anónimo de su brazo, así como la guerra contra el Perú y Bolivia no fué sino el resultado de su valor temerario.

El albergue de las últimas crisis salitreras no fué sino la sistematización de la miseria del roto transformado en obrero.

Allí no había huasos. El huaso vivía aún en el valle central, bien alimentado con el procedimiento de medias del centro de Chile, en las faldas de los Andes y en la Cordillera de la Costa, alegre cuando su mula tarda caminaba por los senderos de los cerros, llevando en sus quinchas, cochayuyo, pescado seco o cargas de sal de las salinas de la costa, como en los tiempos coloniales.

Allí había sólo rotos. Hombres que habían emigrado en busca de fortuna o de una vida menos esclavizada a las salitreras del norte o las selvas del sur, ya que una guerra en que emplear su hambre y su miseria no era posible.

El albergue fué la primera tentativa para resolver la cesantía.

El albergue no fué sino el conventillo sostenido por el Fisco.

En lugar del despacho del italiano a la salida del húmedo pasadizo del conventillo, el Estado contrató jovencitos sin empleo o gobernadores sin ubicación, que servían de intermediarios entre las Tesorerías y el roto, asilado en edificios especiales, en las afueras de las ciudades.

En estos albergues se acumuló toda la población cesante de las salitreras de Iquique y de Antofagasta, más rotos de Santiago que vivían de cualquier manera, en el lecho del Mapocho, en hediondos conventillos y obreros de los aserraderos del sur, por entonces de para.

Allí se encerraron todas las miserias del Chile en crisis.

No era una cárcel, pues aquellos hombres, aquellas mujeres y aquellos niños tenían libertad, pero la vida que se incubó en los albergues me hizo recordar muchas veces la *casa de los muertos* de Dostoiewski. También los presidiarios pintados por el gran eslavo, gozaban de cierta libertad en la taiga siberiana y sus pasiones se desarrollaban libremente en la vida en común.

En el albergue, la vida elemental germinó en trágicos episodios, rivalidades y asesinatos, como si los albergados fuesen náufragos arrojados sin recursos en una tierra desierta.

Los nudos de la vida familiar se desataron.

La niña se hacía mujer antes de tiempo. El más fuerte tenía casi derecho de vida y muerte sobre el débil, incluso en la parca alimentación racionada de los contratistas.

La muerte, había viejos y enfermos en los albergues, se convirtió en uno de los entretenimientos habituales de la muchedumbre.

Si alguien agonizaba, la noticia corría rápidamente entre los huéspedes del albergue.

Un viento de curiosidad morbosa agitaba los gangochos que, por un milagro insospechado de pudor, separaba aún los lechos de los albergados y todos acudían a presenciar la agonía del compañero, cuyo cadáver, muchas veces, se convirtió en un símbolo de protesta social.

Para hacerse temibles, convirtieron la muerte en un estandarte, en una exhibición reivindicatoria.

Por las calles centrales de la ciudad, a la hora más animada, al mediodía o en la tarde, entre el bullicio de los automóviles o de los tranvías, el macabro espectáculo del entierro de un albergado, con su cortejo de harapientos, gravemente compungidos, ponía en la calzada su nota sucia y desagradable.

Pasaban silenciosos, en una callada actitud desafiante, como culpando a las damas lujosas y a los ociosos transeúntes,



de la desgracia del anónimo obrero de las salitreras, muerto en el albergue.

Daban la impresión de extranjeros en la ciudad. Y extranjeros eran, en tal forma el destino los separó en la vida social.

En la cantera de la encomienda, a golpes de hacha o de látigo, en duras gredas indígenas o en fuertes maderas criollas se moldearon esos hombres, convertidos, primero en soldados de la independencia y de las guerras civiles del siglo XIX y en obreros en Chañarcillo y California, en el Teniente y en Chuquicamata y en las salitreras, donde fueron desripiadores y cancheros, hijos del agrio terrón de la cordillera de la costa y del duro granito de los Andes.

De otra raza que la dominadora, hoy en día dueña de la tierra, vasco de vuelo corto o letrado ambicioso que de la política ha hecho un medio para su logro personal, pues esos hombres son los legítimos herederos de los conquistadores andaluces y extremeños.

Ningún pueblo de la América del Sur puede llamarse heredero directo de los conquistadores como el pueblo de Chile, dijo el conde Keiserling, en sus «Meditaciones sudamericanas».

Y es una de sus adivinaciones geniales, pues en los demás pueblos de América, excluido Argentina, que por su emigración europea ha desvirtuado en parte esta herencia hispánica y el mestizo, clase alta y media o pueblo está unido en la misma corriente de sangre.

De México, del Ecuador, del Perú, de Bolivia y en parte de Colombia y Venezuela, se puede asegurar con cierta evidencia científica, pero en Chile la separación es muy honda, porque la clase media, burocrática y servil, es, en gran parte, aliada de la aristocracia y del plutócrata.

¡Oh, pobre clase media,  
rémora de la causa del porvenir. En vano

eludes, inconsciente, tu rol en la tragedia  
o te pones en contra del obrero, tu hermano,  
para vivir lo mismo que un autómeta: eres  
un sancochado híbrido de hombres y mujeres.

Vegetando en la charca del convencionalismo,  
no es menester siquiera consultarte: te das  
incondicionalmente, alcahueta, lo mismo  
que si te sofrenara la voz del atavismo,  
haciéndote vivir para atrás.

Así dice el poeta argentino Federico Gutiérrez, en un reciente poema, titulado «Clase media».

De aquí, el abismo que separa al inquilino (huaso) y al roto (obrero multiforme), como quien dice el campo y la ciudad. (El peón suelto, que va de fundo en fundo en busca de trabajo, es una transición entre la vida rural y la vida urbana), del hacendado y del patrón, herederos del encomendero colonial o del extranjero, español, alemán o anglosajón, enriquecido en Chile, que siguió la línea del terrateniente chileno, compenetrándose de sus mismas características al hacer fortuna, por las conveniencias políticas y sociales de los últimos tiempos.

Tal divorcio es, a todas luces, un obstáculo desde el punto de vista del progreso económico, porque a un salario miserable corresponderá, por natural consecuencia, una reacción astuta, robos en dosis pequeñas, de difícil fiscalización. (El hurto de uvas en las viñas o de espigas en las sementeras, cortadas en distintos puntos del cercado) o desidia en el trabajo industrial; un sabotage impune en la mayoría de los casos.

El inquilino rapaz y el obrero informal, aunque aparentemente son humildes ante el patrón, tratarán de burlarlo apenas éste vuelva la espalda y el patrón, ya seguro de la traición del inquilino o del obrero, reaccionará con todos los medios que la organización social le suministre.

La palabra *roto*, en este profundo divorcio entre la clase alta y la baja, tendrá, por esto mismo, un especial carácter.

Todo lo bajo y despreciable de la raza, caerá dentro de los matices diversos de la palabra *roto*.

Holgazanería, traición, latrocinio, suciedad, son sinónimos en la apreciación de este producto tan chileno y, sin embargo, único depositario hoy en día de la hombría popular, del sentido colectivo de patria, del desprecio a las conveniencias y a la vida, sin tomar en cuenta sus trágicas consecuencias.

En cambio, el sentido gauchesco en la vida social argentina tiene un aspecto claramente antitético al de *roto*.

Cierto es que el gaucho corresponde al huaso, cuyo tradicionalismo hidalguesco se conserva, aunque corrompido por la influencia de la política urbana y los procedimientos electorales.

De todas maneras, gaucho en Argentina es nobleza, generosidad, incluso elegante atavío campero, fular y chiripá, plateados adornos en frenos y montura, en el recado.

Y si *rotería* es chabacano desequilibrio de lo cortés, *gauchada* es generosidad caballeresca.

Es curioso observar que el *roto* y lo que sea afín a él, está limitado a la clase baja; el gaucho, en contraste, se eleva socialmente y la clase alta adopta, complacida, la bota, el pantalón bombacho y el guarapón doblado en la frente, como en España, en la época monárquica, las princesas usaban el peinetón de la manola y su floreado mantón de verbena.

Lo que sucedió con el huaso muy adentrado el siglo XIX, pues hasta en política la psicología huasuna tuvo su importancia y su significación.

Portales procedió en su renovación política de Chile con cazorra habilidad campesina.

Bulnes, el general, al montar a caballo antes de la batalla de Loncomilla, comió campechanamente mote con huesillos para calmar su impaciencia y Barros Luco, propietario y agricultor de cepa, gobernó a Chile simplemente, patriarcalmente,

como si fuera un gran fundo y sus distintas regiones, posesiones de inquilinos.

Incluso los alemanes del sur, adaptados a la vida agrícola de Chile, vistieron el poncho y los arcos de montar de los huasos chilenos.

En Argentina, el gaucho ha tenido una curiosa evolución hacia arriba y hasta su lenguaje se popularizó en las clases acomodadas. Y hablar en gaucho es casi una moda nacional, como lo hace el señorito español con las chulerías y gitanerías madrileñas o andaluzas.

En Chile, salvo en los sainetes y en los «sketchs» de las revistas de barrio o en los periódicos satíricos, el General Pililo de Allende, de fines del siglo XIX o el Verdejo del «Topaze» actual, en que se ha falsificado al roto, haciéndolo un cínico sin Dios ni ley o al huaso («Lucas Gómez» y «Entre gallos y media noche») en que aparece como un bobalicón ignorante, aunque malicioso, nadie querrá imitar la vestimenta, ni la manera de ser de esos dos tipos, tan medularmente chilenos; al contrario, en alejarse cada vez más de ellos, se cifrará, precisamente, la aspiración de un chileno actual de la ciudad.

En la vida social argentina, si el gaucho va a la ciudad, tal la descripción que hace Estanislao del Campo de un gaucho que asiste a la representación de «Fausto» en el Teatro Colón, la superioridad del hombre del llano, sin intimidarse por la multitud elegante y por el derroche de luces al poner en ridículo a Mefistófeles, es visible y clara.

Nuestro Lucas Gómez, ingenuo en su torpeza infantil, se siente dominado por el progreso de la ciudad, por los tranvías, por el bullicio, por la luz eléctrica, cuyo origen no se explica y de este modo, más se acerca a Sancho Panza que a su amo, el llanero manchego, don Alonso Quijano el Bueno.

Y así, el huaso será mucho más pariente del gordo y práctico escudero y el gaucho, en todo sentido, hermano de América del idealista caballero de Argamasilla de Alba,

El gaucho literariamente ha sido dignificado en el teatro, en la novela y en la poesía.

La razón de este endiosamiento del gaucho como arquetipo racial se ha efectuado cuando el gaucho dejó de existir en la sociabilidad argentina y en la pampa era sólo el obrero criollo que los estancieros aprovechaban para sus faenas.

Ya no son los escuadrones de gauchos alzados que un caudillo movía en el procenio ilimitado de la pampa. El gaucho matrero, independiente y peleador, se hizo obrero industrial.

En la amansa, en la esquila, en el rodeo y la aparta, convertidas hoy, no en un cuadro grandioso y heroico, sino en una de las modalidades de la vida de las estancias.

El domador no es ahora un héroe, sino un técnico; el esquilador, no un aficionado, sino un profesional.

El gaucho es, por consiguiente, una tradición nacional. Es una *sombra*, como lo calificó agudamente Ricardo Güiraldes, estanciero y, por consiguiente, conocedor a fondo del fenómeno.

Y naturalmente, desaparecidos sus defectos, ya no obran por presencia y flotan en la poesía de la tradición, sólo sus cualidades y el perfil heroico de su pasado.

Es héroe, personaje épico, porque sólo vive en el romance y en la conseja. Ya no se subleva ni pone en peligro la estabilidad social con sus *patriadas* ululantes en la embriaguez del galope y en la algarabía de la montonera.

Y así, sin temor a las revoluciones, en el crecimiento de las ciudades argentinas, en la rebusca documental de la nacionalidad, el gaucho es cimiento de raza, varonía arrolladora e hidalguía caballeresca.

Al contrario, el lento desarrollo de la vida social chilena, sobre todo, su emigración espaciada y escasa, no ha desplazado los tipos elementarios de su nacionalidad, el huaso y el roto.

Este subsiste con mínimas transformaciones en los fundos del centro de Chile y en el desarrollo industrial de los últimos tiempos, en minas y salitreras.

En la economía chilena, pesa con sus defectos y su miseria. No es un héroe y sí un obstáculo con sus federaciones y sus huelgas, con su eterno e insistente pedir.

Su heroísmo en la etapa de conquista de Chile, su calidad de soldado, su valentía y su desinterés están muy lejos. Ni aun en la historia tiene una figuración distinguida, pues el oficial que los mandaba, un Arturo Prat o un Eleuterio Ramírez, simbolizan la gloria militar de los chilenos en la campaña del 79.

La masa anónima que peleó no ha sido casi tomada en cuenta; ni siquiera en el corrido o en la palla, dignificadoras del héroe popular, del combatiente anónimo.

Sólo Daniel Riquelme en sus relatos sobre la guerra del Perú, exaltó al roto transformado en combatiente, que, con un quepis francés y un corvo en la mano curtida, deshizo las trincheras de sacos de arena del Morro de Arica, abriéndolos como el vientre de un contendor o atravesó el desierto o subió a las sierras para apagar la resistencia peruana.

El cantar de gesta creó tipos nacionales en la vida medieval de España y de Francia y Alemania y el romancero, fenómeno peculiar de España, prolongó la etapa heroica hasta fines del siglo XV, desde Fernán González a los héroes de los romances fronterizos.

En la poesía popular chilena se incuban los héroes anónimos, pero el corrido y la palla abortaron en Chile y tuvieron, en cambio, una vitalidad inagotable de los cantos populares argentinos.

Tal vez el amplio teatro de la llanura y su poesía de horizonte, siempre presente, con sus noches, preñadas de estrellas y sus amaneceres, acribillados de cantos de alondras, crearon una atmósfera poética, en la cual se dibujaron los héroes como en una gran tela heroica.

La copla, alondra criolla, nacida en las cuerdas de la guitarra, cantó la alegría y la tristeza, el amor y la muerte, el paisaje y al flete que llevaba al gaucho andariego, fustigado por

el pampero o acariciado por la brisa que peinaba los yuyos y mecachines y la cabellera del gaucho y las crines de su caballo galopador y el halda de su poncho libertario.

Y antes que la literatura erudita aprovecharse al gaucho como motivo poético, novelesco o dramático, la poesía popular fijó el lenguaje, creó la aventura y lógicamente el héroe.

Bartolomé Hidalgo en sus cielitos y estilos echó las semillas de esta poesía gauchesca.

Los trovos de Paulino Lucero son las primeras flores camperas del gauchismo, que Ricardo Rojas llamó muy acertadamente *mester de gauchería*, porque juglares de guarapón y chirapá, fueron los que improvisaron, excitados por el bordón y por el vaso de caña o por los ojos almendrados de una china, en pulperías y ranchos, los primeros versos gauchescos, como en la Edad Media europea los soldados y estudiantes nohernegos de que habla en sus tetrástrofos el Archipreste de Hita.

La tiranía de Rosas los hizo nacer, les dió el marco heroico necesario.

El alma rebelde de Hilario Ascasubi se ocultaba bajo el nombre criollísimo de Paulino Lucero.

Sus trovos, como los vilanos de un cardal, los llevó el viento pampero en todas direcciones; pero cada vilano, llevaba en sí, según la expresión de Hudson; una semilla de rebeldía y de inquietud revolucionaria, que iba a fructificar, perdido el encaje aéreo de la plúmula que flotaba en el viento, en el corazón del criollo que cantaba en la guitarra o sobaba los tientos de un lazo en el patio de su rancho de paja y barro.

Jacinto Amores, gaucho oriental, le cuenta a su aparcerero, Simón Peñaloza, la fiesta en que se celebra la jura de la Constitución en 1833.

Dice Jacinto:

De juro,  
(que viejo tan cociador),

pues como le iba diciendo,  
nunca en la vida se vió  
de este bruto una obra nueva.  
¡Ah, maula!

*Simón*

Pues largueló  
que de flautas de esa laya  
dos tropillas tengo yo.  
Por su puesto, a su mandado.

*Jacinto*

Eso sí, siempre *pintor*

Es decir, hombre de imaginación que transforma la realidad y la ve de color de rosa.

*Pintor*, como quien dice, porteño puro y que recuerda el *pinturero* madrileño. Aquí, en Chile, farsante que ve la realidad diversa de lo que es.

Así Freire llamará *pintor* a Balcarce, en la guerra a muerte, cuando este jefe argentino cree haber derrotado definitivamente a Benavides.

Paulino Luccro celebrará, de este modo, la victoria de Cagancha en 1839, cuando Fructuoso Rivera derrota a Rosas.

Ascasubi llamará «Media caña de campo» a su relato palladoresco y dirá:

Al potro que en diez años  
*nai*des lo ensilló,  
don Frutos en Cagancha  
se le acomodó.



Al potro, Rosas, usando la imagen campera, lo domará Fructuoso Rivera, es decir, don Frutos y así el gaucho Jacinto Cielo, soldado de la Legión Argentina, desafiará a un mazorca de Rosas que lo reta a duelo, interviniendo un soldado anónimo, payador también, Angel Núñez, el «Guasquiao» e Isidora, la Federala.

que lleva un pie desocado  
de resultas de un fandango,  
en que le rompió un changango  
en la cabeza a un soldado.

Y cielitos y agachadas, retrucos y tramollas, cuentecitos y medias cañas, donde la revolución callada en contra del tirano gaucho se irá incubando poco a poco en torno al fogón, en las corridas de mate amargo, durante los prolongados parentésis de paz.

Gauchos convertidos en soldados, Rufo Carmona o Donato Jurado o mujeres que son sus cómplices, como Pilar Flores, vecina de Chivilcoy, en la campaña de Buenos Aires, que Paulino Lucero, en forma inconsciente, convertirá en héroes de su romances y décimas.

Ascasubi, impregnado de la poesía gauchesca y gaucho letrado él mismo, debía perfeccionar más tarde. al héroe de la pampa, al gaucho, en su Santos Vega.

Paulino Lucero es, pues, el antecesor de Santos Vega.

Si en los trovos es el movimiento desordenado de la campaña oculta y astuta de los verdaderos gauchos en contra de Rosas y por lo mismo, el tumulto es la nota de movimiento y aventura, en el Santos Vega la acción se concentra en un héroe, en un verdadero payador, no creado por la fantasía de Ascasubi, sino real, pues su prodigioso sentido de improvisación, lo hizo célebre en las pulperías y ranchos, en los rodeos y esquilas de la pampa.

Santos Vega reúne en su vida el sentido de inmortalidad del gaucho. Es la síntesis de la pampa, el resumen de la poesía que se desprende de la llanura ubérrima y del jinete fantaseador y dueño del porvenir.

Incluso, al terminar su vida de payador, es decir, de tenorio y de matón, no es otro gaucho el que lo vence, sino un jinete misterioso que resulta, de pronto, ser el diablo, poseedor de artilugios extraterrenos y más vivo y más humano que el concepto de Dios en la teogonía americana.

Concepto colectivo de América, es decir, indígena, ya que los aztecas y quichuas, guaraníes y araucanos, hacían sacrificios suntuosos al *dios malo*, al que debían tener de su parte, pues el espíritu superior, síntesis de bondad, dueño de las fuerzas benéficas de la naturaleza, no necesitaba de las insinuaciones de los hombres para favorecerlo. Su bondad lo protegía por sí mismo.

Hondo concepto que, en su primitividad, coincide con el mito de Satán en la teogonía occidental y del cual Goethe creó, frente a Fausto, la fuerza negativa de Mefistófeles, contraria a Dios, su enemigo y unido a él, sin embargo, en forma indestructible.

El Santos Vega es, sin duda, la idealización del gaucho.

Muy lejos del gaucho malo, personificado por Sarmiento en el Facundo ni demasiado humano como el Martín Fierro, hijo literario del Santos Vega.

El Martín Fierro tiene la cualidad de unir todas las formas fragmentarias de la poesía payadoresca, pero ahondando agudamente en el sentido psicológico del hombre de la llanura y ensamblando su composición, los elementos narrativos y líricos.

En realidad, fragua la epopeya nacional argentina y pinta la evolución del gaucho libérrimo, dueño de su persona y de su vida, frente a una Argentina europeizada y rica, país dinámico

en el cual se han despertado, por exceso de vitalidad, visibles intentos de conquistas.

La esencia emotiva del poema de Hernández no es otra que la defensa del gaucho oprimido en la estancia por el amo antiguo o por el nuevo amo, extranjero enriquecido, al delimitarse la tierra con los alambrados e inscribir los títulos de propiedad de las estancias de la llanura.

Y al alejarse el protagonista, perseguido como un bandolero hacia la tierra ocupada por los indios, el Neuquén o Río Negro, tiene un nuevo carácter simbólico, diverso del de Paulino Lucero y Santos Vega, pues el horizonte ofrece la libertad y el alimento y la aventura, que constituyen los elementos del nuevo conquistador que abandona la tierra ya ocupada para ir en busca de nuevos pagos y nueva vida en que vivir, en un inquieto y nunca agotado vagabundaje.

Aunque fugazmente, pero rico de envidia criolla, se perfila en el Martín Fierro la figura del viejo Vizcacha que resume en sí, como Sancho Panza, en refranes versificados toda la sabiduría gauchesca:

A naides tengás envidia;  
es muy triste el envidiar.  
Cuando veas a otro ganar  
a estorbarlo no te metas.  
Cada lechón en su teta,  
es el modo de mamar.

O un consejo de agresión y de defensa entre hombres:

Potrillo,  
recién te apunta el colmillo;  
mas te lo dice un toruno,  
no dejes que hombre ninguno  
te gane el lao el cuchillo.

Las armas son necesarias,  
pero naides sabe cuando;  
ansinas si andás pasiando,  
y de noche sobre todo,  
debes llevarlo de modo  
que al salir salga cortando.

Al revés de Santos Vega, éste pertenece a la época heroica y Martín Fierro a la etapa de transformación del gaucho en obrero agrícola, el final del payador es menos fantástico.

Martín Fierro está dispuesto a pelear con el negro, que lo ha puesto en duros aprietos, incluso como payador, pero sus hijos lo aíslan y el gaucho sube a su flete, de cara al sol naciente, solo en medio del pastizal; el corazón en un puño y los ojos empañados, como si se diese cuenta que allí terminaba su vida y la vida heroica del gaucho argentino.

En este sentido, por la amplitud de porvenir que tiene por delante, por el miraje de que la vida siempre ha de triunfar, el Martín Fierro recuerda a los héroes de Conrad, a Nostromo o a Lord Jim.

El teatro, la poesía y la novela lo van a tomar más adelante como motivo esencial de los asuntos gauchescos, aunque con nombres distintos.

Y llámese Facundo, Juan Moreira, Paulino Lucero, Santos Vega, Pastor Luna, Segundo Sombra, el Gaucho Florido o el Paisano Aguilar, los gauchos, bandoleros perseguidos injusta o justamente por la policía, o simples payadores o reseros, no son sino variaciones del Martín Fierro en un aprovechamiento temático que recuerda a los héroes del romancero que Lope de Vega y el mismo Cervantes transformaron, mediante la imaginación creadora, en héroes de su tiempo.

Pero toda esta corriente poética a la que la poesía popular alimenta, se encauza y madura en un fruto tardío: el Segundo Sombra.

Innegablemente, la novela de Güiraldes es anacrónica y su raíz hay que buscarla en la última parte del Martín Fierro.

Aparece cuando el gaucho del litoral ya no existe, pues el gringo, italiano o gallego, lo ha suplantado en las labores más técnicas de la estancia; y el sentido de evocación, en un artista como Güiraldes no podía fallar, pues, a lo largo de la novela, el escenario es el de la llanura anterior al ferrocarril.

Son las grandes aglomeraciones de reses, choque de cuernos, gritos de arrieros en una nube de polvo, payas en las pulperías, peleas en el palenque; en una palabra, es el ennoblecimiento del pasado de la pampa, en una obra de primera calidad literaria y esto no podía escribirse, sino en una etapa de mayor cultura y cuando el gaucho se había transformado por completo.

De aquí el sugestivo título de sombra, símbolo no buscado por el novelista, pero presentido por la sensibilidad del poeta, estanciero él mismo y hondo conocedor de la guitarra y del espíritu del hombre de la llanura.

Y los uruguayos Reyles y Amorínen «El gaucho Florido» y «El paisano Aguilar» es la línea de la nueva estética gauchesca la que siguen al crear los dos héroes de sus recientes novelas.

Veamos ahora la evolución payadoresca en la vida rural de Chile.

En Chile existió desde los tiempos coloniales una poesía popular de forma muy propia del país, casi siempre con características narrativas y, a veces, con intenciones dramáticas, mediante la inclusión de un diálogo o de un monólogo en la composición.

No tuvieron el nombre de payadores, como los argentinos, y rara vez el relieve matonesco que singulariza al Santos Vega y al Martín Fierro.

Se individualizaron en su profesión y en esta forma emparentan con los tipos profesionales de la poesía española, los juglares y trovadores.

De ahí su nombre de *puetas*, en un sentido más amplio o can-

tores como los califica acertadamente Acevedo Hernández, pues cantaban al compás del guitarrón de entorchados (los bordones peninsulares) o del rabel primitivo que, en el fondo, recuerda al laúd o a la cedra de los juglares de la Edad Media.

Eso sí, los juglares europeos cantaron el alba de la civilización occidental. Sus cantos, improvisados en los caminos, si se trataba de peregrinaciones a los santuarios medievales, Santiago de Compostela, pongo por caso, o en la vida feudal a través de los castillos, núcleos potentes de población en la llanura castellana, exaltaban al hombre arquetipo, al héroe, Fernán González o el Cid que salvaba las aldeas y ciudades de las algarradas de la morería.

En Chile no había tipos heroicos. El bandido escapado de la encomienda, que atacaba a los viajeros en los cerrillos de Teno, no tenía aún el relieve heroico de Neira o de Manuel Rodríguez en la guerra de la Independencia.

Fuera de la ley, respetaba al amo español o hijo de español con una sumisión de hombre inferior y el caso relatado por don Tomás Guevara en su «Historia de Curicó», lo comprueba ampliamente.

Un día, atravesaba su hacienda de los Cerrillos (es a fines del siglo XVIII), el coronel de Milicias don Juan Francisco Labbé, acompañado de dos sirvientes. Al torcer un sendero, cuatro bandoleros lo rodearon, le detuvieron el caballo y le exigieron las armas y el dinero que llevaba consigo; pero antes que Labbé y sus sirvientes se repusieran del estupor que les había causado tan repentino encuentro, uno de los bandidos se puso de parte de los asaltados y blandiendo su arma dijo a sus compañeros que moriría peleando a favor de don Juan Francisco Labbé, si persistían en llevar adelante el salteo.

Los bandidos desistieron de su intento.

El generoso salteador había sido esclavo de la hacienda de Labbé.

(Continuará).